

LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA EN TIEMPOS DE DISTOPÍA¹

Virginia Ungar*

Esta presentación va a comenzar por el final. El texto estaba terminado, me encontraba haciendo una última revisión y corrigiendo las referencias bibliográficas, cuando hace unos días se produjo la invasión rusa a Ucrania. Y comenzó una guerra que nos dejó perplejos y pegados al televisor y a las noticias de los portales para ver imágenes que dan cuenta del horror que implica la destructividad del humano puesta en acto.

Tampoco es un escenario nuevo; más aún, trae tristes evocaciones a cada persona según su generación y nos recuerda que hay un componente de la naturaleza humana que perdura y permanece, tal como lo es la capacidad de destruir a sus semejantes como también a la madre Tierra.

Cuando llego el momento de hacer esta presentación quizás tendremos una noción de hasta dónde ha llegado esta situación tan angustiante, pero en este momento el título que le he puesto suena más que apropiado.

En esta instancia no pude dejar de recordar a Hanna Segal, quien fuera cofundadora en 1983 del grupo Psicoanalistas para la Prevención de la Guerra Nuclear. Su texto *El silencio es el auténtico crimen* (1985), traducido al español y publicado en el *Libro Anual de Psicoanálisis* en 1987, sigue siendo una de las contribuciones psicoanalíticas más importantes al debate nuclear.

Su lectura deja ver a una psicoanalista tan valiente como brillante, clínica sagaz y capaz de llevar el pensamiento psicoanalítico al estudio de la geopolítica de una manera contundente. Es muy impactante releerla en este momento de la

* Psicoanalista, miembro titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA). Ex coordinadora del Comité de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y del Comité para una Formación Integrada de IPA. Premio Konex de Platino 2016 a la personalidad más destacada en su campo de la última década. Expresidenta de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) (2017-2021).

<virginiaungar@gmail.com>

historia por su valor científico, pero por sobre todo por lo contemporáneo que resulta su texto publicado hace ya más de treinta y cinco años.

Segal creía que la visión psicoanalítica tanto de la destructividad de la especie humana como del alto costo de su negación puede contribuir de forma importante a la comprensión de cuestiones sociopolíticas.

En estos días en que la humanidad entera está en vilo y escuchando amenazas de utilización de armas nucleares, no puede dejar de resaltarse su intento de alertar sobre la *teoría de la disuasión*. Según ella, la modalidad en que se la practica podría llevar a la humanidad hasta la destrucción. Sugiere que la teoría sobre la existencia de armas nucleares de algunos gobiernos ha garantizado la paz y lo seguirá haciendo en el futuro —en el sentido de que nadie cometería la locura de utilizarlas— está lejos de ser cierta. Según Segal, el odio conduce al temor y éste regresa al odio, creando un círculo vicioso que no se detiene.

Llega incluso más lejos, al comparar a los humanos con un tipo de roedores, los *lemmings*, ya que avanzaríamos ciegos hacia el suicidio de la especie.

Segal subraya también que los psicoanalistas sabemos bien que los impulsos destructivos y autodestructivos de un individuo solo pueden modificarse si esa persona logra cierto *insight*, tanto de las motivaciones como de las consecuencias de su acción para los demás. Pero nos advierte al mismo tiempo que conocemos a cabalidad las poderosas defensas que utilizamos para no tomar contacto con esto, principalmente la negación y la renegación.

Por otra parte, Hanna Segal subraya también la importante contribución de Bion (1961) sobre la dinámica de grupos, quien partió de su propia experiencia de trabajo en el sector de rehabilitación en un hospital militar psiquiátrico durante la Segunda Guerra Mundial. Años más tarde, la clínica Tavistock de Londres lo convocó para trabajar con grupos, y su tarea lo llevó a desarrollos que son una base insoslayable no solo para el trabajo con grupos, sino para toda la teoría psicoanalítica. En su texto, Segal se refiere especialmente al funcionamiento de grupo basado en un supuesto básico. En esta dinámica grupal se imponen fantasías, angustias y defensas psicóticas. Cuando impera esta configuración se producen también líderes más representativos de los elementos psicóticos.

Al final de su artículo, Segal nos habla de cómo los psicoanalistas podemos contribuir de manera específica al conocer los mecanismos de negación, de proyección y de pensamiento mágico. Así seríamos capaces, antes que nada, de superar el autoengaño. Dice con firmeza que no debe repetirse el silencio que imperó en la comunidad psicoanalítica fuera de Alemania en tiempos del nazismo, y cita a Nadejda Mandelstam con la frase “el verdadero crimen es callar” (1971), que es precisamente el título de su artículo.

El texto redobla su propia fuerza al terminar con esta frase: “Nosotros, psicoanalistas que creemos en el poder de la palabra y en el efecto terapéutico de verbalizar la verdad, no debemos callar”.

Ahora vayamos al título que le puse a esta presentación. Hace ya bastante que estamos viviendo en tiempos de distopía. La tragedia humanitaria de la pandemia del Covid-19 nos ubicó de lleno en una realidad que solo podíamos imaginar a partir de la literatura o del cine de ciencia ficción, que no dejaban de traer una cuota de terror.

Para establecer el uso que le otorgo al término distopía, parto de la etimología adonde el prefijo *dis* alude a algo que está mal o es difícil, *topos* al lugar mientras que "ia" se refiere a una cualidad.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, se trataría de una representación ficticia de una sociedad futura de características negativas, indeseables. Una de las sociedades distópicas más conocidas es la creada por el británico George Orwell (1949) en su novela *1984*.

La distopía es también un subgénero de la literatura de ciencia ficción que se ha convertido en un éxito entre los jóvenes. Se la considera como opuesto al término *utopía* que hace referencia a una sociedad soñada, ideal, que suena perfecta pero que conlleva características que la hacen imposible de implementar. Una *utopía* es casi un sueño, algo que anhelamos pero que realmente no existe.

Hecha esta aclaración, y como hago referencia a una realidad que resultaría no solo indeseable sino fuente de un continuo malestar, me veo llevada a tratar de encontrar qué hay de contemporáneo en el artículo tan célebre de Freud (1930) *El malestar en la cultura*. Encuentro oportuno el hecho de interrogarnos sobre qué puede ser aquello que no da cuenta del malestar simplemente porque han pasado 92 años de esa publicación y en ellos han sucedido cambios impactantes en la cultura.

Solo a manera de un breve comentario sobre los cambios en la cultura desde que nació nuestra disciplina en pleno auge del pensamiento de la Modernidad: así como la sexualidad de las jóvenes adolescentes no es la misma hoy que en la época victoriana en que nació el Psicoanálisis, la familia nuclear, monogámica y heterosexual no es más el modelo actual, ni parece ser el del futuro. A esto debemos agregarle los impactantes avances de la tecnología que permiten no solamente intervenir en la base molecular de los cuerpos, sino que también nos ha dado herramientas de comunicación que no cesan de traer novedades. El lugar de interacción principal es hoy en día el de la realidad virtual, mucho más aún desde el inicio de la pandemia.

Es indudable que tanto las presentaciones clínicas como la técnica psicoanalítica han cambiado, y pienso que la teoría también está cambiando. Eso puede vislumbrarse en los debates actuales sobre las sexualidades, la función paterna, las nociones de filiación, el incesto y los mecanismos de defensa preponderantes, solo para mencionar algunos.

Si volvemos al texto mencionado, Freud comienza el artículo del 30 refiriéndose al sentimiento oceánico, ese de “atadura indisoluble”, de “co-pertenencia con el mundo exterior”, y lo refiere a la religión —como una ilusión— y al enamoramiento, en el que dice “amenazan desvanecerse los límites entre el yo y el objeto”.

Retomando la idea del sentimiento oceánico —el ser uno con un todo— y su relación con la fase temprana del sentimiento yoico, Freud, como sabemos, postula que las necesidades religiosas derivan del desvalimiento infantil y la añoranza de la protección de un padre.

Dice también que el propósito humano de alcanzar la dicha es irrealizable y que, en cambio, el sufrimiento amenaza desde distintas áreas: el cuerpo, el mundo exterior, los vínculos con otros seres humanos y la satisfacción pulsional que puede causar tanto dicha como sufrimiento.

Como sabemos, para Freud (1930)

... la palabra «cultura» designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres. (p. 88)

Este último punto se ve reforzado en la afirmación de que la convivencia humana solo se vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados, y cohesionada frente a estos. Y sigue con la afirmación de que el poder de esta comunidad se contrapone, como ‘derecho’, al poder del individuo, que es condenado como ‘violencia bruta’. O sea que la sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo. Luego, la ley pasará a regular esta convivencia que tiene como base el sacrificio pulsional con que los individuos contribuyen a la comunidad de manera que “nadie puede resultar víctima de la violencia bruta”.

En este momento se hace necesario plantear interrogantes a partir de la lectura contemporánea de *El Malestar en la Cultura*, en principio porque en la cultura actual quizás no se trate de la renuncia pulsional sino más bien, de una invitación a lo contrario.

Para esto me apoyo en la lectura de un ensayo muy interesante de un joven historiador, Pablo Hupert (2012), que tiene como título *El bienestar en la cultura y otras composiciones precarias*. Propone que hoy en día, el malestar en lo social ha mutado a bienestar en la cultura. Y de allí, la propuesta freudiana del malestar generado por las restricciones que la cultura impone al individuo en pos de la vida en sociedad queda cuestionada. La problemática individuo-sociedad resulta obsoleta en una cultura que promete bienestar al sujeto.

Hoy ya no se consumen promesas de bienestar que han sido coptadas por la prevalencia de la imagen. En la realidad virtual se consumen imágenes que, a

su vez, producen bienestar en sí mismas. Podemos tomar un ejemplo: la imagen de una botella de cerveza bien helada con un fondo caribeño y un cartel con la siguiente leyenda: "La oficina. Transformá tus momentos".

Hupert, también propone que, así como el malestar en la cultura limita al individuo, el bienestar lo ilimita. En los tiempos sólidos de Freud, el individuo era limitado por la cultura para armar la comunidad. Ahora, el bienestar se "vende" como accesible a solo un clic de distancia de cualquiera de los numerosos dispositivos con los que contamos.

Por otra parte, estos dispositivos hacen que la propuesta freudiana de que la cultura regula los vínculos entre los hombres parezca, al menos, interrogada, en esta época en que justamente estos vínculos no parecen poder regularse. Es mas bien la des-vinculación lo que parece estar en el eje contemporáneo.

De aquí vamos a un segundo punto para preguntarnos: esta des-ligazón, ese aislamiento narcisista de la sociedad actual, ese prometido bienestar que no es dicha: ¿tendrá algo que ver con la propuesta freudiana que, de alguna manera, condenaba el poder del individuo que no quedaba ligado por la cultura como el portador de la violencia bruta?

Hoy en día parece que resulta muy difícil lidiar con la alteridad, con lo diferente. El eje de la sociedad contemporánea parece estar anclado en amarse y darse bienestar a uno mismo. Y odiar y rechazar lo diferente. Si no se tiene en cuenta esta perspectiva resulta difícil comprender la dirección que está tomando el mundo entero.

En ese rechazo a lo diferente (sea género, nivel social, color de piel, religión, país de origen u otros) anida el germen de lo violento. ¿Tendrá esto relación con la violencia bruta de aquel que no forma parte de la comunidad?

De más está decir que como profesionales de la Salud Mental no podemos dejar de expresar nuestra fuerte oposición a cualquier tipo de discriminación, de opresión y de no reconocimiento de la alteridad.

De todos los malestares actuales resalta la violencia contra la mujer. Es un tema que nos interpela y que sigue en aumento, sobre todo en la pandemia a partir del aislamiento, de manera triste y trágica. La violencia de género y su forma más extrema, como es el feminicidio, no puede ser abordada por una sola perspectiva, es absolutamente necesario el trabajo trans-disciplinario. Pero los psicoanalistas sabemos de la importancia tanto del hablar como del escuchar.

En resumen, la rapidez de los cambios, la fragilidad de los vínculos y la dificultad de aceptar las diferencias son el eje del malestar de la sociedad. Los psicoanalistas tenemos que acercarnos más a los lugares adonde los jóvenes profesionales trabajan y hacen frente a los efectos de lo que hoy puede llamarse *malestar social*.

Vivir en pandemia: la incertidumbre

Hace ya más de dos años que la irrupción brusca e inesperada de un virus altamente contagioso y con efectos desconocidos hasta ese momento sobre la salud de los humanos, el Covid-19, cruzó rápidamente las fronteras y se transformó en una pandemia. Esta terrible tragedia humanitaria hizo visible el fracaso del sistema económico que predomina en el mundo. Las inequidades, las desigualdades en términos de acceso a la educación y a la salud, la xenofobia, el racismo y la violencia contra la mujer y también contra los niños, se han hecho más evidentes.

Hemos tenido que aprender a convivir con la incertidumbre. Siempre lo hemos hecho, pero gracias a los poderosos mecanismos de defensa que utilizamos negábamos esta condición junto con la de nuestra propia fragilidad.

Por otra parte, la noción de tiempo con que nos manejábamos tanto en nuestra vida cotidiana como en nuestra práctica clínica ha sufrido cambios. Estábamos muy acostumbrados a pensar en términos de continuidades, de procesos, de desarrollos, de evolución. Pero desde los comienzos del 2020 hemos vivido una realidad que llegó, de manera súbita, caracterizada por la ruptura de las continuidades: lo disruptivo. Esta situación nos ha movido necesariamente a cuestionar los parámetros con los que pensábamos tanto nuestras vidas personales como la práctica psicoanalítica.

En psicoanálisis son los obstáculos que la clínica plantea aquellos que nos llevan a interrogar la teoría, y de allí suelen surgir nuevas hipótesis. Esos obstáculos nos exigen salir de la zona de confort que proporcionan las teorías que son la base del modelo de la mente con que cada uno de nosotros trabaja, nos obliga a detenernos, a pensar y, así, nos llevan a intentar producir cambios.

Sin ir más lejos, la circunstancia que estamos viviendo con la terrible pandemia del Coronavirus es un obstáculo que detuvo al mundo y nos obligó a hacer cambios a cada paso. Trabajamos con los dispositivos que tenemos de manera online, enseñamos así y hacemos los encuentros científicos de esta manera. Hemos aprendido mucho, sobre todo a convivir con la incertidumbre, algo muy difícil de soportar, y seguiremos aprendiendo. El impacto de lo incierto y de lo disruptivo sobre la salud mental es enorme y aún no podemos valorar en qué medida. La pandemia del Covid-19 implicó también una ruptura con la noción de continuidad que, a su vez, encierra una relación entre el tiempo y el movimiento.

En estos dos últimos años hemos leído con mucha frecuencia la cita en la que Shakespeare le hace decir a Hamlet: "the time is out of joint" (que se puede traducir como "el tiempo está desquiciado, dislocado, fracturado"). Esta cita ya había sido tomada por pensadores de la talla de Deleuze y Derrida, entre otros, y se la ha utilizado a menudo porque se ajusta a la descripción de una vivencia traumática, de una genuina disrupción ante la amenaza de un virus que trajo

temor al contagio y a la muerte, políticas de aislamiento y de privación de contactos personales, de encierro y, por lo tanto, de inmovilidad.

Esta ruptura en la vivencia del tiempo abarca la noción ligada a *Chronos* —que implica tanto al tiempo circular de la antigüedad grecorromana, como al tiempo lineal del Cristianismo—, con un antes y un después, y que tiene como base al punto de origen, el de los comienzos, que puede ser la creación del universo o el nacimiento de Cristo. La discontinuidad que vivimos también afecta profundamente al ideal del progreso de la Modernidad, corta con la posibilidad tanto de hacer proyectos como de predecir algún futuro con cierta seguridad.

La crisis mundial de la pandemia, a la que se agrega la amenaza que implica una guerra que nos trae la experiencia de convivencia con la incertidumbre, ha generado y seguirá produciendo efectos profundos en los procesos de subjetivación. Las nociones de permanencia y de certezas (incluso siendo siempre relativas) se han vulnerado. Janine Puget (2015), quien trabajó este tema desde hace muchos años, hace la firme propuesta de “elevar la incertidumbre a la categoría de principio regulador: es previsible que suceda lo imprevisible” (p. 65). De esta manera “el Principio de Incertidumbre establece una diferencia entre la incertidumbre como término coloquial y su lugar en el cuerpo teórico” (p. 65). En la práctica psicoanalítica, este principio nos conecta con la fragilidad de nosotros mismos y de nuestros vínculos, con lo efímero e ilusorio de nuestras firmes creencias, así como la noción de propiedad sobre las cosas materiales. Basta mencionar un ejemplo de cambio radical en la continuidad del devenir entre generaciones. Con los cambios en la tecnología, los niños y los jóvenes se han convertido en cierto punto en nuestros maestros en ese campo. Lejos están los tiempos en que el saber se transmitía desde los mayores hacia los más pequeños.

La pandemia agregó una dolorosa realidad: los niños comprendieron más rápidamente que los adultos, que ellos podían ser los vectores del contagio y así tomaron contacto de manera muy temprana con el hecho de que debían cuidar a los mayores con un trasfondo de miedo a resultar culpables de la muerte de ellos, algo que en una edad temprana resulta muy difícil de tolerar. Así, vimos un aumento en las presentaciones clínicas en niños y adolescentes de cuadros de crisis de angustia, trastornos del sueño, de la alimentación, de fobias agudas y de negativa a salir de sus viviendas. Una breve viñeta clínica puede dar testimonio de este cambio brusco, una revolución del saber entre generaciones:

A comienzos del 2021 (antes de la llegada de las vacunas), al regresar de sus vacaciones en la montaña, una paciente relata con asombro —y no sin cierto estupor— que, en una caminata con sus nietos, el niño mayor, de 8 años, le dijo que se sentía muy contento de caminar sin usar máscaras pero que, a la vez, le resultaba extraño. Mi paciente lo tranquilizó diciéndole que estaban caminando sin usar máscaras porque era un sendero muy poco transitado y que ella

tenía máscaras en la mano que podrían usar en el caso de que pasaran personas por ese camino. Enseguida, la hermanita menor de 5 años dijo: “Abuela, estás equivocada, no nos tienes que cuidar a nosotros, es al revés, porque si nosotros nos contagiamos, tenemos un poco de fiebre y tos. Si tu te enfermas, te mueres”.

Algo más sobre la relación entre el sí mismo y el otro

En psicoanálisis, la relación entre el sí mismo y el otro está entramada desde los comienzos de nuestra disciplina. Freud ya en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1895) explica la vivencia de satisfacción en la que deja muy en claro la dependencia total del humano respecto del cuidador para que le provea aquello que no puede realizar: la acción específica.

En la actualidad ya no hay ninguna duda acerca del rol del otro humano en la constitución del sujeto; es decir, que este proceso solo puede darse en la dinámica de una construcción intersubjetiva.

Si intentamos hacer una mirada retrospectiva, podemos decir que, en los comienzos, los desarrollos psicoanalíticos se centraron en aquello que provenía del paciente siendo la posición del analista la de una suerte de decodificador. Más tarde, y sobre todo a partir de los desarrollos de la Escuela inglesa sobre la contratransferencia, se hizo eje predominantemente lo que pasa por la mente del analista. En lo que podría denominarse un tercer tiempo, se puso el foco en lo que surge del campo analítico, siguiendo a los Baranger (1964). Creo que hoy no es posible pensar un psicoanálisis que, además de incluir las tres posturas anteriores, no tome en cuenta el contexto y la época en la producción de subjetividades.

A partir de pensar los procesos de subjetivación como siempre en movimiento y en relación con el contexto, en cada momento va a aparecer como necesario poner en cuestión conceptos muy arraigados en el psicoanálisis, tal como el de *identificación*. Esta noción proviene del pensamiento occidental acerca de la identidad como aquello que es igual a sí mismo.

En la filosofía clásica hubo una disidencia importante entre el “Ser” y el “Devenir”. Este último término denota algo que se encuentra en constante movimiento, que implica cambios. El Ser ha sido un concepto fundamental para el pensamiento occidental clásico. Cumple así con el principio de identidad (en el que *a* es siempre igual a *a*). Según Platón, tanto la belleza como el bien permanecen inmutables y son iguales a sí mismos. Para aquellos que, en cambio, se inscriben en la línea del devenir y siguen el camino que ya habían trazado Heráclito y los Sofistas, el transcurrir va irreversiblemente acompañado de cambios. Es decir, nada es igual ni permanece inmutable, no existen esencias coaguladas.

El pasaje de la noción de un tiempo cronológico que establece continuidades y promete caminos predecibles a la noción de un constante devenir, va a abrir

con seguridad nuevos interrogantes. Como ya lo mencionamos, y para tomar solamente un ejemplo, habría que poner en cuestión un concepto muy arraigado en psicoanálisis como es la *identificación*, que proviene del pensamiento clásico occidental: la identidad como algo que es igual a sí mismo.

Creo que quizá sea útil pensar en términos de identificación como lo hizo Freud, identificación con un rasgo, y no con una totalidad. Es esta identificación con el rasgo la que permite pensar en subjetividades, porque nos componemos de identificaciones con rasgos diferentes y no permanentes.

Volviendo a empezar para terminar

Como aclaré al comienzo, abrí este trabajo cuando estaba casi terminado, y lo hice bajo el impacto de las noticias que llegan de la guerra en Ucrania. El conflicto sigue aún, pero quisiera traer algunas ideas que tenía pensado presentar al comienzo del artículo. Una prueba más de que todo cambia incesantemente y los proyectos están sujetos a las disrupciones.

En la propuesta del título de este Congreso, están los términos *cambios* y *permanencias*, y también *realidades al borde*, conceptos que fueron pensados seguramente hace ya bastante tiempo, cuando se organizó este Congreso. Nunca un título fue tan adecuado como ahora, cuando el mundo entero parece estar constantemente cerca de un borde. Seguramente existen, o al menos podemos pensar, muchos bordes y quizá impredecibles e infinitas realidades. Tuvimos una pandemia que ha durado más de dos años y que esperamos que siga siendo más tolerable, sobre todo, gracias a las vacunas en los países que han sido afortunados por tenerlas tempranamente en cantidad suficiente. Pero no sabemos cómo puede seguir un virus que tiene la capacidad de mutar cuando hay un gran número de personas en el mundo que no ha recibido la protección inmunitaria que se necesita.

Por otra parte, hoy el mundo está en vilo y ya se están produciendo los efectos tan temidos de una guerra: además de las muertes, aumentan los desplazamientos de miles de personas que huyen y buscan asilo en países cercanos o muy distantes de sus lugares de origen.

Si pensamos en los bordes como fronteras, aún antes de este conflicto bélico, en 2021, Naciones Unidas nos informó de la terrible cifra de casi ochenta y tres millones de personas que se desplazaron en ese año debido a los disturbios civiles, las persecuciones, los conflictos, las violencias y las violaciones a los derechos humanos.

En este contexto, las migraciones ya han venido anticipando desde hace años una consecuencia del capitalismo global y su fracaso. La conjunción de las desigualdades en el acceso a la salud y a la educación con la violencia en sus

diversas formas, sumada a la tragedia climática de nuestro planeta, apelan al psicoanálisis no solo para aportar nuestra perspectiva, sino también para intervenir en diferentes escenarios. Los psicoanalistas no deberíamos quedarnos en silencio e inactivos frente a esta realidad al borde que nos interpela.

Hay un libro que está próximo a ser publicado en inglés por la editorial Routledge (2022), en la que sus editoras han reunido dieciocho testimonios de psicoanalistas que han logrado ir más allá de una propuesta discursiva, llevando el método psicoanalítico al trabajo concreto con personas de diferentes edades, lenguas y culturas que han sufrido y siguen sufriendo el trauma de la migración forzada.

Las consecuencias del desarraigo y la xenofobia en los procesos de subjetivación son más que evidentes. Este libro nos muestra tanto la necesidad como las posibilidades de nuestra disciplina para intervenir en contextos que van más allá de nuestros consultorios e instituciones. Sus editoras están a cargo de varios comités y subcomités de API en la Comunidad, estructura que se inició en 2017. Ellas y otros colegas han llevado a cabo su tarea con dedicación, convicción y pasión. Esta nueva estructura, junto con los premios otorgados en los últimos congresos bianuales, han hecho visible el trabajo que muchos psicoanalistas y candidatos están realizando en diferentes partes del mundo. Este libro servirá de estímulo para que este trabajo siga creciendo y para que analistas con experiencia y analistas en formación sigan sumándose a esta tarea.

No solo los que lo practican aprenderán de la experiencia. Los fundamentos clínicos, técnicos y teóricos del psicoanálisis crecerán y se expandirán solo si prestamos atención y nos involucramos en los problemas del mundo que habitamos.

El otro gran conflicto que se entrelaza irremediamente con el de las migraciones forzadas es el del cambio climático, que merece llamarse ahora una tragedia climática.

Hay un comité, también dentro de API en la Comunidad, coordinado por Sally Weintrobe, analista británica muy reconocida internacionalmente y que desde hace muchos años trabaja en el marco psicoanalítico sobre este tema. Ms. Weintrobe ha recibido muchas distinciones y, entre ellas, un premio en el Congreso de API 2021 por su incansable tarea de concientizar sobre la desesperada amenaza a la que nos enfrentamos con la creciente destrucción de nuestro hábitat. Además, como psicoanalista, siempre busca identificar la resistencia inconsciente al conocimiento y, sobre todo, a la acción en relación con este tema.

Cambios y permanencias

De todas las propuestas para este Congreso, y aunque no sea más que para dedicarle un espacio breve, quisiera referirme al concepto de "cambios y perma-

nencias". Ya hemos aludido a los cambios. En un momento turbulento como el que estamos viviendo, resulta necesario referirnos a las permanencias, que son un terreno de encuentro entre los psicoanalistas de diferentes escuelas, aunque sea para debatir.

Para abordar este tema voy a apelar nuevamente a Bion (1965), quien le dedica un libro. En los primeros capítulos de *Transformaciones*, ya utiliza este término junto con el de *invariancia*, que podemos relacionar con el de permanencias.

Bion propuso la teoría de las transformaciones para la práctica y, sobre todo, para la observación psicoanalítica. Propone el recordado ejemplo del artista que pinta un campo de amapolas. Dice que en un extremo está el campo con las flores y, en el otro, la tela con la pintura. A pesar de la transformación que ha hecho el artista sobre lo que vio para llegar a un cuadro, hay algo que permanece inalterado, y de ese algo depende el reconocimiento, que aquél que observa la pintura le permite hacer del campo de amapolas. A ese algo, Bion lo llamó *invariante*.

Así como para un artista, las invariantes para representar la realidad van a cambiar según su técnica y producirán transformaciones diferentes; así los analistas interpretarán también de manera diferente un mismo material clínico al jerarquizar distintas invariantes de acuerdo a la teoría que utilizan.

Cambios y permanencias o transformaciones e invariantes son términos de un par. No puede haber un cambio sino es sobre una persistencia, en toda transformación veremos la marca de la invariante, de lo inalterado.

Los analistas sabemos que para que la transferencia se desarrolle, es condición necesaria el encuadre analítico instalado. Y no me refiero a las condiciones formales del mismo sino a la noción a mi juicio más psicoanalítica, aquella que lo toma como una condición a ser internalizada ligada a la llamada *actitud analítica*.

El encuadre es el aspecto técnico del método analítico. El método es también lo que ofrecemos a los pacientes que nos consultan y, ya desde la definición de Freud, en él confluyen la investigación y la terapia. En este último aspecto está incluida, sin lugar a dudas, la teoría de la cura que cada analista sostenga de acuerdo también a sus referenciales teóricos.

Hoy no hay dudas de que el encuadre ha cambiado en varios aspectos, y para mostrarlo solo basta mencionar el hecho de que hemos estado trabajando online en muchos casos y por relativamente largos tiempos, llevados a esto por los protocolos de cuidados durante la pandemia.

Es cierto que ha cambiado la clínica y lo hará la teoría, pero creo también que los elementos transferencia-contratransferencia-encuadre internalizados son las permanencias, las invariantes en relación con la técnica psicoanalítica.

De acuerdo con las ideas que he intentado desarrollar aquí, vivimos en un mundo que presenta realidades heterogéneas, cambiantes y conflictivas también.

Retomo un tema que he dejado abierto para decir que estoy segura de que el consultorio sigue siendo el territorio privilegiado del psicoanálisis, pero definitivamente ya no el único. Y en este sentido, como sucede con otros discursos y dispositivos, la circulación por otros territorios no es rasgo de debilidad, sino de potencia. Por eso mismo, en lugar de encerrarse en sí mismo, el Psicoanálisis debe descentrarse si pretendemos que perdure y produzca nuevos efectos en la cultura. Tiene que fertilizarse no solo en intercambios con otras disciplinas, sino también en otros ámbitos.

Con el método analítico, hemos desarrollado una herramienta muy valiosa, probada y pulida. Sin embargo, creo que la hemos encerrado en una caja de cristal. Con esto no estoy diciendo que la práctica en el consultorio no tenga futuro. Por el contrario, en una cultura como la nuestra en la que la "intimidad se ha vuelto un espectáculo" como señala Paula Sibilia (2008), se hace necesario redoblar la apuesta porque, para muchos, la única oportunidad de contar con un espacio íntimo e indispensable para la creatividad es justamente la sesión de análisis.

Siguiendo las enseñanzas de Hanna Segal, y en un momento histórico como el que estamos viviendo, debemos aportar nuestra palabra, nuestra escucha y nuestra posibilidad de comprensión del alma humana a los debates en torno a las problemáticas que vive y sufre nuestro mundo.

En esta actitud, la de utilizar nuestra experiencia sobre el funcionamiento mental en términos de pulsiones y sus vicisitudes, las nociones sobre la mentalidad grupal y una voz presente en los momentos en que los impulsos de violencia, xenofobia y destructividad predominan, radica la clave tanto de la permanencia como de la expansión del Psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- Baranger, W. & Baranger, M. (1961). La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, vol. 4. Publicado también en *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Ed. Kargieman, 1993.
- Bion, W.R. (1961). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós, 1997.
- _____. (1965). *Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972.
- Elton, V., Pender, V., Schlesinger-Kipp, G. & Leuzinger-Bohleber M. (2022). *Trauma, Flight and Migration. Psychoanalytic Perspectives*. London: Routledge, 2022 (en prensa).
- Freud, S. (1895 [1950]). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Buenos Aires: Amorrortu editores, vol. 1, pp: 327-446, 1979.
- _____. (1930). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu editores, vol. 21, pp: 59-140, 1979.
- Hupert, P. (2012). *El bienestar en la cultura y otras composiciones precarias*. Buenos Aires: Ed. Pie de los Hechos.
- Orwell, G. (1949). *1984*. Barcelona: Ediciones Destino, 2003.

- Puget, J. (2015). *Subjetivación discontinua y Psicoanálisis. Incertidumbres y certezas*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Segal, H. (1985). El silencio es el auténtico crimen. (De N. Mandelstam, en Hope against Hope). *Revista de Psicoanálisis*, vol. 42, pp. 1323-1335. Publicado también en *Libro Anual de Psicoanálisis*, tomo III, 1987.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Resumen

En el trabajo se va a visitar *El Malestar en la Cultura* (Freud, 1930) a la luz de una visión contemporánea sobre el tema. Se postulará, por un lado, que la cultura actual ofrece promesas de bienestar que hacen necesario contrastar con la realidad actual de malestar social. Se incluirá reflexiones sobre los conflictos bélicos, resaltando las ideas de Hanna Segal quien bregó por la paz y en contra del uso de armas nucleares.

Se presentará una visión sobre los desafíos y la ansiedad que han implicado vivir y trabajar durante la pandemia del Covid-19. Se tratará sobre la noción de un tiempo dislocado y también, sobre la convivencia con la incertidumbre, ambos implicados en una noción diferente sobre el tiempo en psicoanálisis caracterizado por la ruptura en las continuidades. Se discutirá la temática de las migraciones y refugiados y la problemática del cambio climático en tiempos de incertidumbre como los actuales.

Palabras claves: cambio; cultura; método analítico; tiempo

Abstract

The paper will revisit *Civilization and its discontent* (Freud, 1930) in the light of a contemporary view on the subject. On the one hand, it will postulate that today's culture offers promises of well-being that need to be contrasted with the current reality of social unrest. Reflections on war conflicts are included, highlighting the ideas of Hanna Segal, who fought for peace and against the use of nuclear weapons.

A vision into the challenges and anxiety involved in living and working during the Covid-19 pandemic will be presented. It will deal with the notion of a dislocated time and also with living with uncertainty, both implied in a different notion of time in psychoanalysis characterised by the rupture in continuities. The themes of migration and refugees and climate change in times of uncertainty such as the present will be discussed.

Keywords: change; culture; analytical method; time